



TERRITORIOS QUEER. LOCALIZAR LAS SEXODISIDENCIAS

Reyes, Samy. 2023. *Territorios queer. Localizar las sexo-disidencias*, Córdoba, Cántico.

La influencia de las teorías queer —cuya aparición suele fecharse a partir de la década de 1990 con los trabajos de Teresa de Lauretis, Eve K. Sedgwick, Judith Butler, y más recientemente, Paul B. Preciado, José Esteban Muñoz y Lee Edelman, entre otros— y del uso de la palabra *queer* ha tenido un amplio impacto tanto en los estudios de género con perspectiva feminista como en los estudios de la sexualidad enfocados en personas lesbianas, trans, no binarias y gays —agrupadas bajo nociones de “diversidades” o “disidencias” sexogenéricas— como en el diseño de políticas públicas. Hoy en día, el término es empleado de manera cotidiana y ha permeado en la cultura “disidente” a través de programas como *RuPaul’s Drag Race* o *Queer Eye*, además de extenderse en expresiones como *espacios queer*, *estilos queer*

DEBATE FEMINISTA 71 (2026), pp. 227-235

Año 36, vol. 71 / enero-junio de 2026 / RESEÑAS

ISSN impreso: 0188-9478 | ISSN electrónico: 2594-066X

e2542 | <https://doi.org/10.22201/cieg.2594066xe.2025.71.2542>

© 2026 Universidad Nacional Autónoma de México, Centro de Investigaciones y Estudios de Género.

Esta es una reseña Open Access bajo la licencia CC BY-NC-ND

(<http://creativecommons.org/licenses/by-nc-nd/4.0/>).

y *perspectivas queer*, que contribuyen a la proliferación de lo queer como una nueva moneda cultural de uso común.

En ese contexto, hemos llegado a una suerte de universalización y asimilación de lo queer a otras formas identitarias —como la gaycidad— sin cuestionar lo que significó en su momento y si no hemos, en cierta medida, trivializado su sentido. Frente a esta sospecha de banalización, el libro *Territorios queer. Localizar las sexo-disidencias* (2023) de Samy Reyes propone un análisis que nos invita a no olvidar la situacionalidad de cada subjetividad en su territorio, su materialización, el agenciamiento que produce con lxs otrxs y, a la vez, el carácter no identitario con el que surgieron las teorías queer y se inscribieron en resistencia contra el sistema heterocispatriarcal y a la imposición del binarismo heterosexual.

Reyes, retomando el trabajo de Néstor Perlongher, Gilles Deleuze, Félix Guattari, José Esteban Muñoz y Donna Haraway, entre otrxs, enfatiza la importancia de pensar el territorio antes de la cristalización de la identidad mediante los procesos de corporización del género y el sexo bajo el régimen heterocispatriarcal. Del mismo modo, subraya la necesidad de generar parentescos con la otredad, concebidos como líneas de fuga ante las dinámicas de opresión de dicho régimen. Cabe destacar, además, el uso de la primera persona y la escritura autobiográfica —herencia de autorxs como María Zambrano, Catherine Malabou o Paul B. Preciado— que le permite mostrar cómo, en estas problemáticas, ellx mismx se reconoce interpeladx.

Como antecedente es necesario considerar el trabajo de Perlongher sobre las personas *michê*, donde el autor profundizó sobre la importancia de distinguir entre la prostitución masculina y la travesti, así como en las diferentes dinámicas

de interacción que se generan en cada caso.¹ En lugar de concebir al *miché* como una identidad fija y delimitada, Perlongher lo entendía como una forma de constitución singular a través de una serie de vínculos deseantes, enmarcados en la experiencia de la prostitución como una nomadología urbana. En sus palabras, se trata de “una red de señales por cuya trama transitan los sujetos, no en tanto identidades individualizadas, definidas, ‘conscientes’, sino como sujetos a la deriva en la multiplicidad de los flujos deseantes, en la instantaneidad y el azar de los encuentros” (Perlongher 1999: 133). Este planteamiento sirve de base para el desarrollo del primer capítulo de Samy Reyes, donde sostiene que la identidad no está separada del territorio y que, al igual que la subjetividad, siempre se encuentra territorializada en conjunto con otras formas de vida. De esta manera, lx autorx se inserta en los debates que, por un lado, conciben la identidad como algo esencial a cada individuo y, por otro, como una construcción cultural apropiada. Lo que propone, en contraste, es un horizonte que busca superar el binario.

Para estx autorx, es el territorio el que configura toda forma de constitución identitaria de una subjetividad. Por *subjetividad*, Reyes entiende una malla de dispositivos —familia, escuela, amigxs, barrio, etcétera— que establecen formas concretas de pensar a lxs individuux, con frecuencia sin dar cuenta de ello. La matriz heterocispatriarcal forma parte de esta red, pues produce subjetividades según lo que se espera dentro del binario “mujer-femenino”/“hombre-masculino”. Lo queer vendría a desarticular toda forma universal y naturalizante de los binarismos de sexo y de género. Sin embargo, aunque distintas subjetividades se presentan en resistencia a ese binarismo, también se ha tendido

¹ Si bien reconozco la necesidad del uso de la frase *trabajo sexual*, mantengo el término *prostitución* que utiliza el autor en su obra.

a homogeneizar estas expresiones en formas particulares de entender lo queer. Por ello, lx autorx tampoco descarta del todo ciertas binarizaciones.

Dado que el término queer no constituye una identidad cristalizada ni universal, no puede entenderse como un concepto aislado o ahistórico, sino como un acontecimiento que, en contextos específicos, disloca los modos hegemónicos de identidad sexual y de género. Como señala lx autorx:

pienso en múltiples académicos que hoy hablan por lo queer, de lo queer y desde lo queer y exigen una queeridad sin nunca preguntarse cómo en otros lugares se activa y desactiva una potencia queer que no necesariamente es la que ellxs consideran como “verdadera” o “real” (Reyes 2023: 19).

La cuestión radica en que lo queer no tiene la misma significación en todos los lugares donde se enuncia; no significa lo mismo en Estados Unidos que en México o en Argentina. Además, su entendimiento tampoco se mantiene constante a lo largo del tiempo; de hecho, es complejo aplicar esta categoría de manera directa a otros periodos históricos. No podemos, por ejemplo, pensar que Pedro Lemebel o la homosexualidad en Grecia antigua equivalen a lo queer contemporáneo. Por eso Reyes prefiere hablar más de *queeridades* localizables antes que de un queer universal. Al mismo tiempo, en cada lugar pueden existir distintas lecturas identitarias, según los códigos de entendimiento compartidos en ese contexto. Como señala Perlongher:

puede ocurrir incluso que los sujetos “ocupen” sucesivamente diversos lugares del código, es decir, se desplacen más o menos intermitentemente por las diversos casilleros clasificatorios, variando de clasificación según el lugar y la situación (1999: 133).

Desde esta perspectiva, una identidad puede leerse de maneras muy diferentes según el territorio; no es lo mismo ser una persona disidente sexual y de género en una comunidad rural de México que en la capital del país, y esta diferencia resulta aún más evidente en otros territorios. Por ejemplo, Reyes observa que en algunos lugares *ellx* puede ser consideradox queer, mientras que en otros sería percibidx simplemente como homosexual.

En esta misma línea, en el segundo capítulo se plantea que, así como no hay una identidad homogeneizante, tampoco puede concebirse una corporalidad totalizante. Los trabajos de Judith Butler, Paul B. Preciado, *lu ciccía* y Anne Fausto-Sterling han señalado las dificultades de establecer una correlación directa entre el sexo y el género. Esta última señala: “nuestra comprensión de las hormonas, el desarrollo cerebral y la conducta sexual está construida en contextos históricos y sociales específicos que han dejado su marca” (2006: 46). Lo que indica Fausto-Sterling es que toda especificidad biológica del ser humano está atravesada por contextos culturales y sociales que determinan parámetros de interpretación; en otras palabras, toda corporalidad es territorial. Tampoco puede sostenerse que las hormonas definan un género: no existen, en rigor, “hormonas masculinas” u “hormonas femeninas”; sino que cada cuerpo se constituye a partir de una mezcla hormonal diversa, vivida siempre de manera territorializada.

De este modo, al reformular las concepciones binarias en las que Preciado llega a incurrir cuando se refiere al uso de las hormonas, el interés de Reyes “es constatar cómo la programación cultural del género nos hace identificar y desear ciertos rasgos sobre *nosotrxs mismxs* en cierto territorio” (2023: 62). Aunque persiste una red de signos sostenida por una pedagogía del género, siempre emergen líneas de fuga; la hormonización es solo una de sus posibles formas.

El accidente —la ruptura inesperada— produce puntos de quiebre frente a las ideas hegemónicas. En el caso de estx autorx, el uso accidental de prendas de su madre a temprana edad lx condujo a una recriminación y, al mismo tiempo, a un desasosiego por no comprender por qué era malo utilizar ropa “femenina” cuando era leído como “varón”. Posteriormente, descubrió lo “unisex” en la vestimenta, y desde entonces la ambigüedad de género lx acompañaría a pensarse y reconfigurarse en diversas formas de expresión. El flujo del deseo podría orientarse hacia moldes normalizantes de la heterosexualidad; no obstante, los devenires pueden gestarse a través de múltiples vías de canalización, según los recursos que determinada subjetividad encuentre en su entorno y las formas en que se agencie, muchas veces de manera contingente o accidental, en dicho entramado.

En el tercer capítulo se analizan las relaciones comunitarias que establecemos lxs sujetxs de la disidencia sexual y de género con otrxs, incluso lo no-humano. De este modo, extiende la reflexión hacia el habitar colectivo y subraya la importancia de la hospitalidad como elemento indispensable para el sostenimiento de la comunidad.

Samy Reyes, desde una perspectiva territorial, recupera dos usos del habla cotidiana de la escena no heterosexual de México: lo *puñal* y el *ambiente*. Por un lado, lo *puñal* aparece como apelativo de escarnio dirigido principalmente a hombres gays con el fin de burlarse de ellos y violentar sus modos de ser. Por otro lado, *ambiente* se emplea para designar aquellos espacios ocupados por sujetxs de la disidencia sexual. En el contexto mexicano, especialmente en décadas pasadas, “ser de ambiente” significaba habitar espacios de diversión y convivencia donde era posible “jotear y ser puñal”.

Ciertas formas de enunciación —incluido lo queer— buscan contrarrestar el sentido originario en el que emergieron, inscrito en un marco hegemónico de comprensión.

Tal como lo propone Muñoz con la desidentificación —entendida como lo que “intenta transformar una lógica cultural desde dentro” (Muñoz 1999: 11)—, Reyes recurre al análisis de uno de los espacios utilizados por el movimiento punk y gótico para reunirse y divertirse en la Ciudad de México: el Centro de Salud. Aunque concebido primariamente como un espacio frecuentado por personas heterosexuales, la cantidad de sujetxs que se congregan ahí da lugar a múltiples expresiones no normativas de la heterosexualidad. Así, el Centro de Salud, puede considerarse como una heterotopía, un no-lugar, un espacio de ambiente que se constituye no tanto por haber sido pensado originalmente de ese modo, sino por las agencias que las personas del ambiente producen en él. Así mismo, lx autorx nos recuerda:

no creo que los lugares de desidentificación deban ser pensados solo en los espacios de fiesta. [...] Es posible producir la queeridad desde prácticas dislocantes, como puede ser la producción de una pedagogía queer en los espacios universitarios, el diálogo en lugares de discusión y democratización, o una simple tarde entre amigxs (Reyes 2023: 80).

La desidentificación se produce en espacios que Reyes denomina *de ambiente*, como son las distintas redes de apoyo entre personas que viven con VIH, ejercen el trabajo sexual en la Ciudad de México o buscan formas de tejer vínculos comunitarios en espacios públicos, entre otras actividades. Una vez más, lx autorx nos recuerda que el ambiente se territorializa como un lugar de resistencia frente al régimen heterocispatricial, sin dejar de lado que, al mismo tiempo, ejerce hospitalidad y solidaridad entre lxs sujetxs de la disidencia.

El trabajo de Samy Reyes es invaluable dentro de los estudios queer porque nos permite situar su conceptualización en espacios específicos de enunciación. Esto resulta

especialmente relevante frente a la tendencia a homogeneizar y utilizar lo queer y su teoría como un modelo universal aplicable a cualquier situación no heterosexual, en cualquier contexto, omitiendo las territorializaciones y denominaciones regionales de las sexodisidencias. Los territorios queer nos invitan a reflexionar sobre la variación semántica y léxica presente en cada uno de nuestros países, e incluso en las diferencias internas dentro de ellos. Nuevamente, no es lo mismo “lo queer” en Estados Unidos que en México, y mucho menos su uso en el sur del país en comparación con el centro. El único cuestionamiento al texto coincide con lo planteado en un trabajo reciente (Martínez 2024) acerca de si, en América Latina, nos hemos dedicado a adoptar el término *queer* y su teoría sin mayores debates, a criticar su uso, a emplearlo de forma instrumental o a “tropicalizarlo”,² ¿no sería preferible dejar de utilizar el término *queer* cuando poseemos un léxico de escarnio e injuria tan vasto en cada una de nuestras territorialidades? Considero entonces que tampoco el concepto de *queeridades* resulta del todo funcional para comprender esas formas de dislocación de las sexodisidencias en sus territorios.

Lx autorx cierra su trabajo con la idea de volver a pensar con la infancia, no tanto como una subjetividad específica, sino en sus potencias y cómo estas se han perdido con el tiempo. Sin embargo, más que enfocarse en las carencias que atribuimos a lxs niñxs —producto de la imposición de los binarismos de sexo y género—, la propuesta de volver hacia ellxs consiste en preguntarles, dialogar y, sobre todo, escucharles, para también aprender y transformarnos desde la soltura que Reyes reconoce en las potencias infantiles. Retomar las infancias nos permite imaginar y articular otras realidades,

² Una palabra que ha utilizado Norman Monroy en un trabajo previo (s/f).

otras corporalidades, que quizá nos conduzcan a formas más plausibles de existencia y convivencia, las cuales han sido silenciadas y prohibidas por un régimen heterocispatriarcal mundializado y sedimentado en nuestras sociedades.

REFERENCIAS

- Fausto-Sterling, Anne. 2006. *Cuerpos sexuados*, Barcelona, Melusina.
- Martínez Ramírez, Rubén Darío. 2024. “Aproximación a un enfoque minoritario de las teorías queer. Hacia las posibilidades de pensar lo dislocante”, tesis de maestría en Estudios de Género, Ciudad de México, Universidad Nacional Autónoma de México.
- Monroy Cuéllar, Norman Iván. s/f. ¿Quiénes son los monstruos y desde dónde os hablan? Una otra historia (colonial) de la sexualidad, en dictamen.
- Muñoz, José Esteban. 1999. *Disidentifications. Queers of Color and the Performance of Politics*, Mineápolis, University of Minnesota Press.
- Perlongher, Néstor. 1999. *El negocio del deseo. La prostitución masculina en San Pablo*, Buenos Aires, Paidós.
- Reyes, Samy. 2023. *Territorios queer. Localizar las sexodisidencias*, Córdoba, Cántico.

RUBÉN DARÍO MARTÍNEZ RAMÍREZ

The City University of New York, Nueva York, Estados Unidos

© rudymraz@gmail.com

 <https://orcid.org/0000-0003-3461-8450>